

## El dios reflejado en el espejo

José Miguel Vilar-Bou

*Publicado en Visiones 2006  
y Grádina (Serbia)*

Sucedió que el día llegó luminoso como la estrella de Canopo. Que brillaba un sol semejante a una ventana al reino de Alá. Saad surcaba el mar en la nave de conchas que le había regalado la princesa dormida del jardín de Kessra. Ella le había salvado la vida, pero no el dedo anular de su mano derecha. El marino había aceptado esa mutilación como precio por contemplar los dos caballos de fuego de Habib.

Llevaba tanto tiempo en aquel mar misterioso que ya soñaba imposible volver a escuchar el canto de los pájaros o de las fuentes bajo los árboles. Pero he aquí que un día entre los días una tierra desconocida se dibujó en el horizonte de perlas. El corazón de Saad se llenó de alborozo y su alma cansada revivió. Un viento pletórico se conjuró en su favor cuando puso rumbo a aquella ínsula coronada por un volcán.

No tardó en descubrir los tejados, torres y cúpulas de una ciudad. Protegía la plaza una primitiva muralla de adobe. Se intuía ya el colorido bullicioso de los hombres y bestias; de los toldos sacudidos por el viento en los mercados; el ir y venir desordenado de mujeres cubiertas y menesterosas. Llevaban de la mano a sus proles chillonas por callejas polvorientas y soleadas. A la sombra de los árboles, algunos viejos meditaban frente a tableros de juegos arcanos. Sobre todos ellos reinaba el volcán igual que lo haría un dios hastiado.

Para cuando el marino atracó su nave de conchas y pisó tierra, ya se había congregado en el puerto una muchedumbre variopinta que hermanaba a niños oscuros como diablos y viejas sin dentadura de narices garfiadas.

Saad descubrió que a todos esos sujetos de mirada aviesa y cruel les faltaban partes del cuerpo. A estos un brazo. A aquellos una pierna, o las dos incluso. Una oreja. Un ojo. Y sustituían los miembros amputados por otros hechos con los metales más inverosímiles. Así eran desde los niños hasta los viejos doblados sobre sí mismos. En el mercado, comerciantes con mandíbulas de plomo y manos de hierro vendían pescado. Por los jardines, viejos agotados esperaban la llegada de la destructora del tiempo con la mirada puesta en el mar. El óxido corroía sus miembros, así como las desgracias corren el alma.

La turbamulta se echó sobre el recién llegado y le prendió.

Saad fue ignominiosamente empujado hasta el palacio, en cuyas torres colgaban centenares de cabezas cortadas e incorruptas. Algunas de ellas, por haber pertenecido a reyes, lucían coronas de oro. Otras eran de piel negra e incluso de piel azul. Aquella colección de miradas muertas se movía de un lado a otro al unísono por gracia del viento, de manera que parecían vivas.

Saad se negó a entrar en el palacio, pero la muchedumbre le arrastró entre gritos e insultos. Decenas de manos de plomo y bronce tiraban de sus ropas y de sus cabellos. Así hasta que le lanzaron contra el suelo de un salón inabarcable, que debía ser el del trono. Al levantar la vista, el infortunado vagabundo se encontró con la mirada helada de un anciano.

Era un ser alto y delgado, de nariz aguilina. Una barba blanca y afilada le descendía por el pecho y le llegaba hasta la cintura. Saad apenas reprimió su temblor cuando le miró a los ojos, que eran de plata, igual que las manos. El que

clavó sus pupilas de metal precioso en el recién llegado como escrutándole el corazón. Luego, con su mano reluciente, le ordenó que se acercara.

–Soy el rey de esta tierra. ¿Quién eres tú? –exigió el viejo de hielo atravesándole con sus dos llamas blanquecinas.

–Me llamo Saad. Voy camino de Basora, adonde llegaré si es la voluntad de Alá.

El jeque miró pensativo el mar silencioso que se abría tras los amplios ventanales. El horizonte se dibujó por un momento en sus malignas pupilas niveas. El humo azulado de varios pebeteros difuminaba su perfil rapaz. Y dijo finalmente:

–No sé qué es Basora ni quién es Alá, aunque esos cuyas cabezas cuelgan de mi puerta me hablaron de él.

–¡Por Alá sobre ti! ¡Oh, gran rey, amo del pasado y del futuro, déjame ir libre, pues yo no tengo riquezas ni nada que puedas codiciar!

La muchedumbre rió maliciosa. Tras el monarca de ojos brillantes, formaba una corte de seres silenciosos con cabezas, brazos y mandíbulas de oro. Había una mujer anciana de la que apenas quedaba el tronco como testimonio de que era hija de Adán.

–No hay modo de que te deje ir libre –dijo el rey–. Igual que todos los extranjeros que llegan a mi isla, vas a ser sacrificado a Dios. Él se quedará con tu cuerpo y nosotros con tu cabeza, que colgará incorrupta de las torres de mi palacio junto a las otras.

Dos negros con ojos y dientes de diamante apresaron al vagabundo. El rey incompleto y su prisionero salieron del palacio y todo aquel pueblo les siguió cubriendo de afrentas y esputos a Saad. La corte de hombres silenciosos y chirriantes iba a la cabeza. El preso dirigió una mirada resignada a las cabezas cortadas y multicolores, que danzaban mecidas por la brisa marina.

Y caminaron todos hasta muy cerca de la cima del volcán. Y allí se alzaba una cabeza de piedra monstruosa con rasgos de simio y ojos de reptil. El ídolo era tan grande como tres elefantes. Tenía la mirada de las pesadillas y la sonrisa del Demonio.

–He aquí a Dios –dijo el jeque prosternándose.

Entonces un niño se adelantó. Cuatro sacerdotes negros y enormes, con ojos y dientes de diamante sujetaron al pequeño y con un gran alfanje le cortaron la lengua y los pies. Después arrojaron los órganos amputados a tres perros negros, atados con collares de oro, que se los comieron. Todo bien a la vista del aterrador dios de mármol blanco y del aterrado Saad.

Cada día uno de nosotros entrega a Dios un trozo de su cuerpo como sacrificio –explicó el rey–. Tú le vas a dar tu vida entera. Así aplacamos su ira. Dentro del volcán está el trono del Creador. Él vive debajo de dos lagos. Desde ese lugar nos observa con sus ojos de reptil. Él nos creó a nosotros, los hombres, en el abismo de los tiempos. Quién sabe por qué razón. Pero somos su posesión. Su cosa. Su juguete.

Los allí presentes se arrodillaron ensuciándose la cara contra el suelo. La ladera se prendió de miradas aterradas y enloquecidas. Los fieles temblaban y gimoteaban de miedo ante la estatua. Luego se cubrieron de polvo los cabellos y redoblaron sus lloros.

Saad aprovechó el éxtasis colectivo para zafarse de las manos de los dos negros y correr montaña arriba. Para su sorpresa, nadie le siguió porque iba directo al palacio secreto del dios y ninguno de ellos osaría jamás pisar esa tierra vedada.

El sol enrojecía como una mejilla tras el primer beso. El canto de las aves marinas llegaba quedo y lejano desde las olas. Decían que aquel mar no tenía fondo. Decían que guardaba en su regazo, tan infinito como el cielo, los secretos de la vida.

Saad escalaba la ladera del volcán trabajosamente. Ahora que la noche acechaba al día, los tejados de la ciudad, las cúpulas caleidoscópicas, las calles retorcidas y polvorientas, las casitas de pobre barro, se iban quedando pequeñas.

En el alma llevaba la imagen del dios de piedra. Ese rostro animal y perplejo. El miedo le retorció el ánimo. Y qué. Más valía escalar a la casa del monstruo que perder la cabeza. Para cuando se dio cuenta, ya estaba en la cima. El cielo se sonrojaba y el mar se prendía en llamas. Saad saltó al cráter en cuyo centro dormitaba un lago de aguas negras y ciegas. Sucedió que, de tanto miedo que tenía, tropezó con una piedra y cayó rodando cráter abajo hasta sumergirse estruendosamente en la laguna.

Creyó que se ahogaba en medio de un universo de espuma. Pero al abrir la boca accidentalmente descubrió que podía respirar. Maravillado, dejó de patalear, abrió los ojos y supo que el estanque estaba hueco.

En ese espacio secreto tenía su nacimiento una escalera que descendía en espiral hasta el alma de la montaña. Un alma que brillaba abajo, muy abajo, como si tuviera un sol propio, blanco y espectral. Pero los peldaños estaban hechos a la medida de seres minúsculos, pues la planta de Saad ocupaba al menos diez de ellos. Las entrañas de la montaña hueca rutilaban como el firmamento en la noche de la Creación.

Descendió durante mucho tiempo aquella espiral hipnótica. El eco le devolvía sus pasos inseguros, perdidos en medio de un silencio milenario. Cada vez era más poderosa la luz blanca que unguía las entrañas del volcán con el color de las estrellas.

Caminó y caminó. Y el caminito para hombres de juguete fue a morir en una cúpula. El silencio era tan perfecto como en el seno del mar. Ante Saad se extendía una ciudad. Pero una ciudad de seres del tamaño de un dedo humano. Había avenidas, plazas, palacios de cúpulas diamantinas. Había callejas atormentadas, hermanadas en laberinto, trufadas de comercios. Había campos y jardines. Había un cementerio cuya tierra húmeda daba lecho a miles de minúsculas tumbitas blancas. Había templos a dioses que perdieron el nombre. Una luz arcana y prístina bañaba esa tierra recóndita. Una luz nacida de miles y miles de diamantes que cubrían las paredes. Algunas de las piedras preciosas ostentaban el tamaño de un elefante. Había suficientes riquezas como para avergonzar al rey más poderoso del mundo.

En el alma de la montaña, la caverna se abría, pues, con pretensiones de inmensidad y era madre de un mundo secreto, tal vez desconocido por Alá. Y Saad era el primer hijo de Adán que hollaba esa geografía diminuta y escondida.

El silencio avisó al intruso que allí ya no había vida. Se paseó como un gigante por calles con diamantes por adoquines en busca de seres animados. Pero no los

encontró. La visión del cementerio le dio la certeza de que aquella era una raza, una civilización, muerta. ¿Quién sabe cuándo y por qué?

Asomó su ojo a las ventanas y jardines de lo que fueron hogares. Imaginó a minúsculos niños correteando por los patios y pórticos, gritando en un idioma desterrado para siempre del mundo. Casi creyó ver amantes diminutos, cazadores de caricias, que se escondían tras los soportales en busca del beso. Visires sombríos que traicionaban a sus reyes por un palmo de tierra. Hombres vencidos que lloraban amargamente en el secreto de la noche. Muchachos de mirada ardiente, aspirantes a cambiar el mundo.

Saad les imaginó dando vida a aquellas calles para muñecas. Podía soñar voces olvidadas que reían, lo mismo que discutían el porqué de las cosas. Amores que gozaron un segundo de eternidad. Instantes de fuego, hechos con la sustancia de las almas, arrasados por el abismo del tiempo.

En el corazón de aquel mundo había un edificio coronado por una cúpula dorada. Saad la levantó como si de la tapa de una caja de dulces se tratara. Quedó al descubierto un salón ocupado por minúsculas estanterías. Infinidad de libros del tamaño de una uña dormitaban en sus anaqueles. Semejaban un ejército de momias coloridas. ¿En qué alfabeto estarían escritos? ¿Qué secretos esconderían? ¿Cuántos milenios de vida encerrarían aquellas letras? Saad no lo supo nunca, porque sopló para espantar el polvo y todos los pergaminos se deshicieron en la nada, como si nunca hubieran existido.

—Para qué tantos años de recolectar sabiduría, hombrecitos misteriosos —lamentó Saad viendo el inútil intento de dejar algo escrito en la inmensidad del tiempo.

Coronaba el centro de la ciudad fantasma un palacio de dos torres. Saad se asomó a su interior. Había un altar sobre el cual se alzaba una parva estatua. Un león blanco. En días olvidados debió ser el dios de toda una civilización. Un dios de nombre extinto. La imagen había sobrevivido al espíritu.

Saad vagó pensativo y terminó en el cementerio. Una marea de tumbitas blancas ascendía la ladera como en procesión inanimada. Dos raras construcciones (sendas cúpulas sostenidas por columnas de delgadez inverosímil) coronaban el promontorio.

El intruso escarbó la tierra con su mano de cuatro dedos y desenterró un sarcófago que le cabía en la mano. Lo abrió y halló dentro un esqueleto del tamaño de un dedo. Lo contempló por mucho tiempo y sin parpadear. Las cuenquitas vacías de la calavera le devolvían la mirada muerta igual que dos signos de interrogación.

—¿Quién eras, hombrecillo? ¿Cómo moriste? ¿Amaste? —preguntó Saad a las raspaduras que deja la parca.

Pero el esqueleto, tan delicado que se deshizo bajo el aliento del marino, no le devolvió respuestas. Al intruso en aquel mundo secreto la vida le pareció un misterio tan grande como la muerte, si es que no son la misma cosa.

De pronto le llegó el rumor lejano de una fuente escondida. El canto líquido venía de una gruta que no había visto antes. Su techo, sus paredes eran de diamante. Estalactitas y estalagmitas de reluciente material precioso crecían profusamente. Saad penetró en la cueva luminosa y vio que ésta terminaba en un

pequeño manantial. Recordó que el viejo le había dicho que el dios mitad reptil mitad simio vivía bajo dos lagos.

Cuando el marino se acercó y vio sus ojos reflejados en el agua, algo tiritó en la superficie. Escrutó el fondo, pero sólo dio con su propia imagen enmarcada por la luz de millones de diamantes que tapizaban el techo.

Esperaba encontrar un dios y se halló a sí mismo.

–Has venido a buscar a Dios –dijo de repente una voz conocida.

El espinazo de Saad se erizó.

–¿Quién habla? ¿Por qué tienes mi voz? ¿Es que me la has robado?

–Estoy aquí abajo. Mírame si te atreves. Yo soy tú y tú eres yo –le retó la voz gemela.

En la superficie del agua, el reflejo de Saad palpitaba tibiamente. Era de él de donde manaban las palabras.

–¿Es con mi propia imagen con quien hablo? –tartamudeó el marino incrédulo- ¿O eres Dios, como has insinuado?

–Dios es todo. Dios es nada. Yo soy Dios en la misma medida en que cada estrella y cada grano de arena son Dios. En la misma medida en que tú eres Dios –le respondió su propio reflejo.

Saad, que no entendía, se arrepintió de haberse asomado a aquel espejo de agua. Su doble líquido le leyó la mente.

–No lamentes estar aquí, Saad. No te arrepientas de lo vivido porque, como todos, desde que naciste, deambulas ciego por el Palacio Infinito del Tiempo. Y aun después de muerto seguirás vagando por él en forma de recuerdo. Todo fue ya creado. O escrito, que lo mismo es.

–Jamás he visto ese palacio del que hablas.

–Cierto que no puedes verlo. Y eso que este Palacio del Tiempo es tan gigantesco, tan sobrecogedor, que ni tiene principio ni tiene fin. Sus pasillos no terminan. Sus salones, sótanos, cámaras secretas, patios, torres, escaleras se cuentan por infinitos. Pero el Gran Arquitecto los planea uno por uno y los pone en su sitio día a día. Tú no lo ves, pero cada paso que has dado desde que naciste te ha dirigido hasta aquí, hasta este preciso instante perdido en la inmensidad. Has cruzado túneles de horas y avenidas de días. Y hoy estás aquí, igual que mañana estarás en otro lugar.

–¡Oh, amo del Tiempo! ¿Quién eres? ¿Por qué hablas a través de mis labios reflejados en el agua? ¿Eres acaso el dios de los hombres incompletos?

–Hablo por tus labios porque la palabra es la sustancia, la materia prima de la Creación. Todo el Universo que conoces se reduce a una palabra en la boca del Creador. Una palabra es un universo y muchas palabras forman una historia. Y esa historia, como las que tú vives, deben ser perfectas, poliédricas, profundas y luminosas como un diamante. O no serán. Y cada palabra, además de un diamante, es una gota de sangre.

–¿Y por qué te presentas ante mí? ¿Por qué siendo Dios hablas a través de mí?

–Porque yo soy tú, y también soy Dios, aunque Dios es y no es, y también soy las estrellas y tú eres las estrellas y eres el mar como yo soy el mar y yo soy las estrellas.

Saad no comprendía nada de lo que se decía en aquella conversación de espejos. Ni sabía si hablaba con otro o consigo mismo.

–No sé por qué te preocupa Dios –prosiguió su reflejo desde un mar diamantino-. Piensa que si Él no existe, los creados no sois nada. ¿Cuál sería entonces vuestra razón de ser? Y si Él existe, tampoco sois nada porque Él actúa a través de vosotros. Sois Su instrumento. Vuestra voluntad es el reflejo de la Suya.

Tales sinsentidos y contradicciones no interesaron a Saad, que zanjó la discusión:

–¿Qué hay del dios mitad simio y mitad reptil? ¿Es que no existe?

Su reflejo le sonrió desde el lecho de diamantes. Y calló.

Saad no quiso saber más y se marchó. Antes de asaltar el camino de regreso, se llenó los bolsillos de piedras preciosas. En su ascenso por las escaleras que le llevaban de vuelta a la noche y al día, se preguntó quién sería aquel que le había hablado. Si era el propio Saad o si era otra cosa.

Pisó la superficie del cráter y fue como salir de un sueño. El sol ya se había consumido y la noche encerraba el mundo en su manto de tinieblas. Las constelaciones y los planetas titilaban en la bóveda celeste. Saad volvió a la ladera. Ya no había nadie, de modo que nada debía temer.

Todo estaba oscuro porque una nube panzuda cubría la luna llena, pero, en cuanto la sombra etérea se apartó, una lluvia de luz blanca bañó la cabeza pétrea del tamaño de tres elefantes que mezclaba los rasgos infames del simio y del reptil. Tras unos segundos de silencio aterrado, Saad se echó a reír. Ese era el dios al que los habitantes de la ciudad sacrificaban sus brazos, piernas y ojos: Una piedra. Un objeto inanimado.

Y el marino se acercó más y vio que, pese a ser tan desmedida, un empujón sería suficiente para despeñar la estatua porque se sostenía en una sola roca. Y Saad hizo palanca y la cabeza cayó rodando montaña abajo. Fue dando saltos y rebotando de peña en peña. Y he aquí que el falso dios sin cuerpo fue directo a la ciudad. Y aplastó muchas casas y vidas. Y se estrelló contra el palacio del rey de los ojos de plata con tanta vehemencia que sus paredes y torres coloridas se vinieron abajo. Y quedó allí quieta para siempre en medio de ruinas.

De inmediato se formó una multitud estupefacta, pero fue el jeque el primero que se acercó para tocar con mano temblorosa al ídolo. Y arrebatado por la desgracia de ver a su dios caído de ese modo, se echó al polvo y gimoteó arrancándose las barbas:

–¡Maldigo esta hora! ¡Por favor, oh, amado Creador! ¡Te entregaremos gustosos nuestros brazos y piernas! ¡Pero vuelve a tu lugar! ¡Devuélvenos el alma que nos acabas de quitar! ¡Sé! ¡Sé! ¡Yo te lo suplico, amo! ¡Sé!

Habría querido derramar entonces las lágrimas más amargas. Pero el viejo rey ya no podía llorar porque había ofrendado sus ojos a un dios que no existía.

Esto es lo que se refiere a los hombres incompletos y a su rey.

Porque he aquí que Saad volvió a la playa y se hizo a la mar en su nave de conchas. Y la noche se tragó los lloros incontestados de la ciudad huérfana. Y el vagabundo asistió a un nuevo amanecer sonrosado y se preguntó si no sería el alba una nueva estancia del gran Palacio del Tiempo por el que, según había escuchado, vagaban ciegos y predestinados todos los seres de la Creación.

Y no pudo pensar más en ello porque divisó entonces los brillos lejanos una escala de oro que nacía en el mar y ascendía al cielo hasta morir en una nube. Y sobre esta nube había un palacio con dos torres de plata, dos de oro y una de

crystal. Y lo rodeaba un jardín de gemas y zafiros que rutilaban ungidos por los rayos dorados del amanecer. Saad se agarró al timón y puso rumbo al pie de la escalera que refulgía para él en lontananza.



**José Miguel Vilar-Bou** (Alfajar, 1979) es periodista. Ha vivido en Italia, Bélgica y Serbia. En España ha trabajado para numerosos diarios, revistas y televisiones. Es autor de la novela *Los navegantes* (AJEC, 2007) y ha publicado cuentos en las antologías *Visiones* y *Melocotón Mecánico*, el diario *El País* y las revistas *Galaxia* e *Historias Asombrosas*. Fue ganador del concurso de literatura breve de la Universidad Cardenal Herrera-CEU en 2002 y obtuvo el segundo y tercer premio en 2003. Sus cuentos han sido traducidos al serbio y publicados por la revista *Grádina*.